

CAPÍTULO I

Justificación del caso de estudio y marco teórico. Las anclas líticas y su debate

Si existe un solo elemento que evoque todo lo que representa el pasado y el presente del hombre y la mar seguramente todos pensemos lo mismo: el ancla. Un elemento que, a pesar de su sencillo mecanismo, ha supuesto y supone la diferencia entre la seguridad de un fondeo o el peligro de muerte por naufragio.

El presente catálogo se ha creado con la finalidad de dar a conocer y quizás sentar las primeras bases de una hipótesis sólida en torno a las anclas líticas que pueda seguir trabajándose en el tiempo. Para comprender y realizar una catalogación precisa de un tipo de artefacto arqueológico que no dispone de un *corpus* ni de catalogaciones previas dónde enmarcarse, se ha decidido clasificarlas en dos conceptos ampliamente reconocidos: el ancla lítica propiamente dicha entre las cuales encontramos las perforadas y las de gravedad y las partes de ancla o anclas incompletas: potalas y picachos.

Esperamos que con esta primera catalogación de las anclas líticas en el litoral guipuzcoano se pueda generar y desarrollar un debate y futuros estudios que permitan no solo conocer mejor uno de los artefactos arqueológicos náuticos más relevantes de cualquier embarcación, sino que conlleve también a potenciales estudios comparativos entre otras anclas líticas halladas a lo largo de las costas atlánticas.

Quizás nos sorprendamos de las respuestas que podamos hallar.

1.1. Conceptualización del término “ancla lítica”: antecedentes

¿Qué es un ancla lítica?

Una de las definiciones más comprensibles y completas fue presentada por Gregory Votruba, bajo la cual el término “ancla” hace referencia a un objeto atado a un barco (o a un objeto flotante en la superficie) mediante un cabo como herramienta para incrementar la resistencia opuesta al movimiento del barco, normalmente con el fin de mantenerlo firme en la misma posición (Votruba 2019:217, una definición más incompleta pero igualmente aceptable en Moll, 1927:293).

Sin embargo, disgregándose de esta definición, encontramos lo que Frost llamó en 1985 “familias de anclas” (Frost 1985:360). Si bien Frost hacía referencia a unos grupos cuyo dato base radicaba en las características morfológicas de la base estructural (triángulo isósceles

con un solo agujero relativamente lejos del ápex; anclas con proporciones cuadradas con uno o tres agujeros; anclas grandes y redondas con un único agujero central; anclas piramidales con dos agujeros y anclas alargadas con agujeros), el concepto en sí mismo es interesante para entender que, a partir de ese momento existe una voluntad de clasificar en subcategorías – no nos atrevemos a hablar de familias – los diferentes tipos de anclas halladas.

En este sentido, la clasificación de los diversos tipos de anclas líticas se ha venido desarrollando desde principios del siglo XX (Moll, 1927), aunque fue a raíz de los trabajos arqueológicos y etnográficos realizados durante la segunda mitad del mismo siglo por Honor Frost (1963:1–20, 1966, 1969:425–442, 1969b:235–245, 1970a:14–24, 1970b:377–394, 1973:397–409, 1982:280–289, 1985:97–116, 1986:354–369, 1993:451–458, 1997:101–114), Galili (1985:143–153 y 1987:167–174) y Kápitan (1968:63–, 1973, 1982:290–300, 1986a:533–538, 1986b:133–136, 1984:33–44, 1994:1–6) que estos estudios comenzaron a materializarse en diferentes tentativas de clasificación.

En un primer momento, Frost (1963:7–9) clasificó los diferentes tipos de anclas perforadas en función del tipo de fondo marino al que estaban destinadas, a saber:

1. Anclas líticas con un solo agujero, aptas para fondos rocosos (“*rock-anchor*”).
2. Anclas con más de un agujero, pero forma indeterminada, aptas para fondos de arena (“*sand-anchor*”).
3. Anclas con tres agujeros, de forma triangular, aptas para ambos tipos de fondo (“*composite-anchor*”). El término “*anclas compuestas*” lo encontramos referido por primera vez por Moll¹ (1927: *Plate IX*). Empleo consecutivamente por la academia anglosajona, actualmente es entendida como aquel tipo de ancla de piedra cuya funcionalidad no radica únicamente en su peso (Frost, 1963:7, Nibbi, 1991:191, también reproducido en Souter, 1998:337). Resulta interesante señalar que, posteriormente al Bronce final, el registro arqueológico evidencia un empleo prácticamente exclusivo de anclas compuestas para anclaje de barcos, en el Mediterráneo (por ejemplo: Raban, 1990:299–306 y 2000: 260–272, Cañadas et al. 1992:144–164, Tusa, 1972:288–299, Bravo y Muñoz, 1965 y Benoit,

¹ Sin embargo, hay que puntualizar que la referencia que hace Moll de las anclas compuestas (llamadas realmente por él “*compound-anchors*”, Moll 1927:315) no se limita únicamente a las anclas líticas perforadas, sino que incluye también las anclas de madera tipo potala o *killik*.

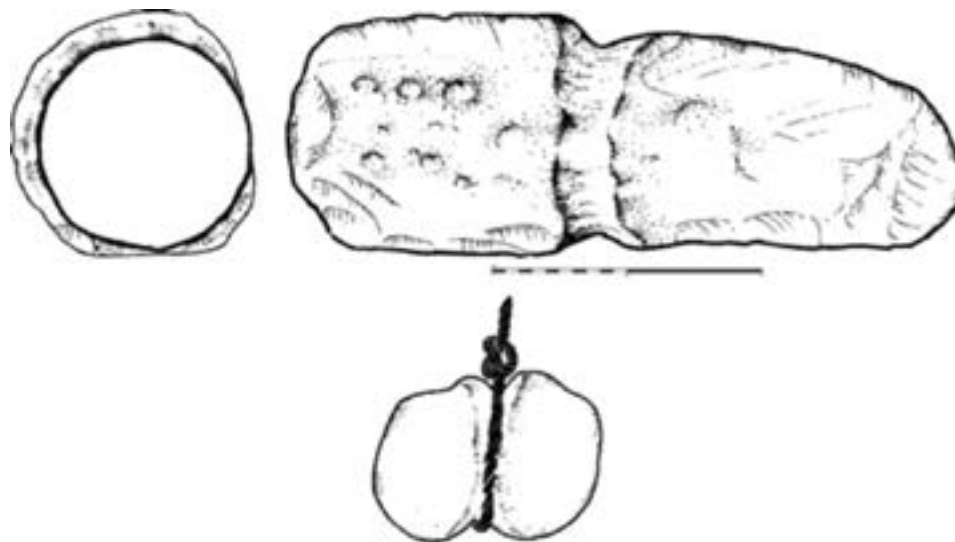


Figura 1. Ancla de gravedad 84, catálogo (superior) y reconstrucción teórica de su uso.

1955:125–126), en el Índico (como en Souter, 1998:331–342), así como, significativamente, en la zona que nos ocupa (Matés Luque 2016:246–249 y 2017:283–300; Patiño, 2016; Benito 2000:665–684; Rodríguez Biempica 1986:253–263 y Martín-Bueno et al. 1982:33–58).

Esta clasificación, si bien fue seguida y utilizada en casos concretos (por ejemplo, en Fonquerle 1971:207–214), pronto fue discutida y reformulada, en tanto llevaba implícita la necesidad de que una embarcación dispusiese de diferentes tipos de anclas a bordo, algo que no se corresponde con la realidad arqueológica tanto en pecios como contextos náuticos de la prehistoria reciente (tal y como apunta recientemente Votruba 2019:231), período en el cual Frost centró sus estudios.

En este sentido, la categoría “*sand-anchor*” fue paulatinamente eliminada de la clasificación, siendo así que a principios de los ochenta las llamadas “*rock-anchor*” pasarían a ser aceptadas como “*stone weight anchor*” (McCaslin, 1980, Shaw y Blitzer, 1983:91–100, Kapitän, 1984:34–44), y finalmente reinterpretadas por Frost en la década de los noventa (Frost, 1993:449–451). Con lo cual, a finales de los noventa, la clasificación funcional en tres grandes tipos presentada por Frost en 1963, se vio modificada a un dualismo entre “*stone weight anchor*” – anclas de peso o de gravedad (Figura 1) –, y “*composite-anchors*” – anclas compuestas –. Será dentro de esta primera categoría donde se engloben, no solo las anclas líticas perforadas cuya funcionalidad recaiga únicamente en el peso, sino también las llamadas “*pedras de fondeo*” (por ejemplo, en Benito 2000:666), “*longish stones*” en terminología descriptiva anglosajona (en Kāpitan 1984:35), o, etnográficamente, identificadas como *minyz* y *mennaz* en la costa oeste de Cornualles (Morton, 1913:297, fig. 4 y 5 de ese artículo).

Paralelamente a esta tendencia tipológica, sin embargo, surgen también otras clasificaciones que parten esencialmente de las características métricas y morfológicas de estas anclas. Es el caso del catálogo de Francisca Pallares (1971:1–12) y Vicente Tusa (1973:397–409 y 1972:288–299), en el cual las anclas identificadas son expuestas en tanto al número de agujeros que presentan, en un baremo de uno a tres agujeros². Este sistema de clasificación también fue empleado en los registros de anclas líticas de la costa norte de la Península Ibérica, iniciado someramente por Rodríguez Santamaria a principios del siglo XX (Rodríguez Santamaria, 1923).

Son ejemplo las catalogaciones de Casado Soto (1991:119–126), Benito (2000:665–684), Patiño (2016) y Rodríguez Biempica (1986:253–263). Más recientemente, se ha incorporado al sistema de registro del proyecto de catalogación global *Big Anchor Project*, de la *Nautical Archaeology Society*³, no obstante, en este caso las anclas de tres agujeros son llamadas anclas “clásicas” (también en Matés Luque, 2016: 246–249).

Finalmente, en una síntesis comprensible que engloba los postulados de Frost y el registro métrico de las anclas, Votruba aplicó su propia clasificación respecto a los dos grandes tipos señalados por Frost, aplicando unos parámetros de diferenciación basados en las características métricas y morfológicas de las anclas.

Por lo tanto y en referencia a ello, por el concepto “anclas líticas” se entenderán aquellas únicamente constituidas por

² En el caso del catálogo de Pallares (1971:1–12), las anclas de dos agujeros no aparecen representadas.

³ Se trata de un proyecto de base de datos global en la que cualquier persona individual o institución puede documentar un ancla, independientemente de su tipo o material, bajo unos criterios específicos. Más información en: www.biganchorproject.com

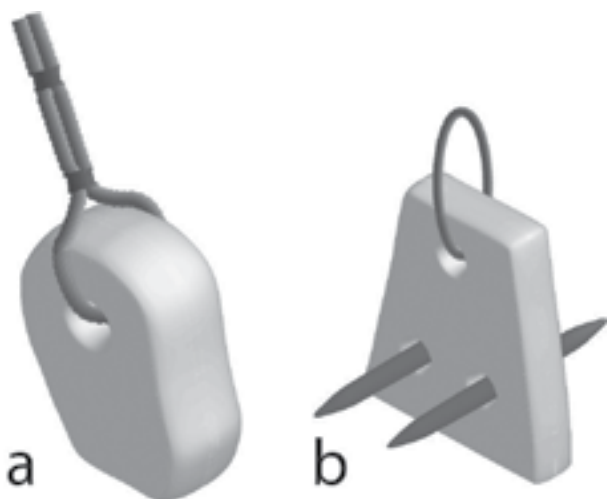


Figura 2. Ancla lítica perforada (a), ancla plana estacada con base de piedra (b), según Votruba (2019:222, fig. 4).

piedra, sin más materiales adyacentes. Son las que Votruba (2019:217) señala como “anclas líticas perforadas” – *Pierced Stone anchor* (PSA) – (Figura 2). Valga puntualizar que esta terminología, en su versión castellana más prudente – piedras perforadas –, fue utilizada ya por los arqueólogos Juan Bravo y Ricardo Muñoz en la década de los sesenta, para referirse a tres ejemplares hallados en la costa de Ceuta (Bravo y Muñoz, 1965:42–43).

Por otra parte, encontramos otra categoría que responde a aquellas anclas planas cuya base estructural es la piedra, pero utilizan otros materiales para incrementar la resistencia y tensión de las mismas, por ejemplo, la madera o el metal. Estas anclas son llamadas por Votruba “ancla plana estacada con base de piedra” – *Planar Stone-framed staked anchor* (PSFSA) –. A su vez, añade a los acrónimos el número de agujeros que tenga el ancla (Figura 3). La versatilidad de esta clasificación, si bien puede resultar compleja *a priori*, en realidad se desmarca de la obligatoriedad categórica de un mínimo de tres agujeros para ser consideradas anclas compuestas, lo cual permite la inclusión de anclas de dos agujeros cuyas trazas sugieran el empleo de estacas para el mismo fin que un ancla compuesta de tres agujeros, como es el caso, por ejemplo, de un grupo de PSF2SA localizado en Escocia (Goudie 2005:332–335), o del grupo catalogado en las Rías Baixas gallegas (Patiño, 2016 y Rodríguez Biempica 1985–86:253–263).

1.2. Conceptualización del término “potala” y “picacho”

Como hemos comentado, las anclas líticas perforadas son una de las tres macro categorías que forman parte del catálogo. Esta disgregación categórica no es arbitraria, radica en la necesidad de distinguir en el registro arqueológico lo que es un ancla de piedra y lo que es “una parte” de un ancla de piedra.

En este sentido, la otra macro categoría la forman las llamadas “potalas” (Cañadas et al. 1992:158) y los “picachos” (Benito, 2000:671–672). Si atendemos a la definición enciclopédica de Cañadas *et al.*, una potala actual es descrita como: “un armazón formado, generalmente, por dos aspas de madera unidas en el centro y atravesadas perpendicularmente por unos palos que abarcan o comprimen una piedra u otro objeto pesado” (Cañadas et al. 1992:158; encontramos definiciones parecidas en Merino, 1986:61–94, Patiño, 2016:146, y en tanto a “poutadas” gallegas en Rodríguez Biempica 1986: 253–263 y Alonso Romero, 1972:133–147). Por su parte, los elementos de anclaje llamados “picachos” (Figura 5) estarían formados por una estructura de madera con forma de garfio que enjaula un peso de piedra redondeado y en cuya base se sitúa también otra pieza transversal de madera (Benito, 2000:675). Esta estructura, sin embargo, se corresponde con la nomenclatura gallega “poutada” o *poutada de gamela* (Alonso Romero, 1972:140), según testimonios etnográficos de la zona a finales del siglo XX (Figura 4).

Atendiendo a estas definiciones, parece obvio señalar que la diferencia principal entre las anclas líticas explicadas en el apartado anterior, y las potalas que aquí presentamos, radica en que, mientras que las primeras deben su estructura principal a la piedra (reforzada o no por elementos de madera o metálicos), en las segundas, la piedra actúa como elemento de peso pero el cuerpo o la estructura del ancla lo conforma la madera (Patiño, 2016:147).

Por lo que respecta a las primeras referencias de este sistema de anclaje, las encontramos a principios del siglo XX con varios ejemplos etnográficos documentados en la costa oeste de Cornualles (Morton, 1913:295–303 y 192:135–141), siendo la primera mención historiográfica e iconográfica de la aportación del término irlandés “*killik*” o “*killick*”, definido más adelante por Moll (Moll 1927:316). Moll sostiene que la versión más simple de esta estructura de anclaje la conforma, esencialmente, una piedra sujeta entre dos tablas de madera (1927:317). Este peso, cuando formado por piedra, fue denominado por Frost (1963:15) “*stone rocks*” o “*long stones*”⁴. Este enunciado fue secundado por Benito, quién añade la consideración de que el “*pikatxo*” fuese una forma rudimentaria de este tipo de anclaje (Benito 2000:675).

Por su parte, Kapitän (1984:36) clasifica ambos tipos en el concepto general “*gripping anchors*” – anclas de agarre – dividiéndolas, a su vez, en “*killicks*” de dos brazos y lo que él llama “*four-armed grapnels*” – rezón de cuatro brazos –. Esta última es la forma que se corresponde con la potala descrita anteriormente como se percibe en la Figura 6.

⁴ Este término, adaptado más adelante por Kapitän (1984:35), es el que se ha utilizado recientemente en terminología anglosajona para referirse a las anclas de gravedad pero Frost lo utiliza como referente para este elemento de las anclas de piedra.

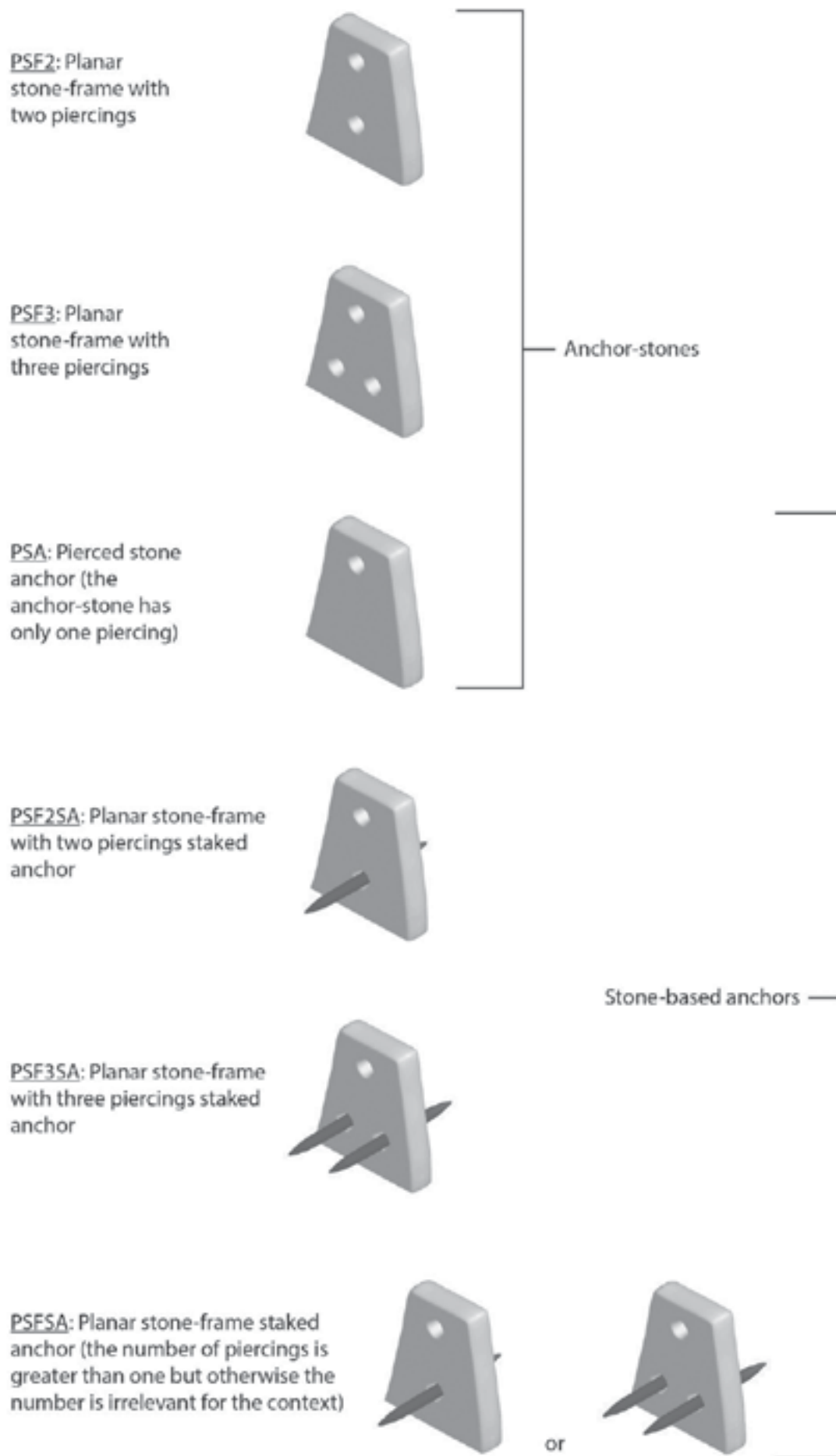


Figura 3. Terminología general de las anclas según Votruba, 2019:218. Fig. 2.



Figura 4. Fotografía de una poutada gallega en uso en Vivero (Galicia) en 1982. Fotografía del repositorio documental personal de Manu Izaguirre.



Figura 5. Fotografía de un picacho albergado en San Telmo. Fotografía del repositorio documental personal de Manu Izaguirre.



Figura 6. Ejemplo antropológico documentado en los años 80 en Canadá (1983, Forteau Izquierda; 1985, East Saint Modest Labrador) por Manu Izaguirre. Fotografía del repositorio documental personal de Manu Izaguirre.



Por último, Moll (1927:316) da también un dato interesante que podemos secundar hoy en día a pesar de que ha transcurrido casi un siglo desde su enunciado: no encontramos evidencia, ni en el registro arqueológico ni en las fuentes textuales que induzca a pensar que las anclas de hierro son una evolución directa de este tipo de ancla dado que el diseño y empleo diverge significativamente las unas de las otras. No obstante, sí vale la pena destacar que, en este caso, la datación de este tipo de anclas resulta tan complicado como en el caso de las anclas líticas per se puesto que su fungibilidad ha sido tan extensa en el tiempo que, prácticamente, ha llegado a nuestros días.

1.3. Sistemas de registro de anclas de piedra: Una valoración global

El estudio crono tipológico de las anclas, bajo la terminología específica “*anchrology*” acuñada por Honor Frost en 1986 (1986:355) y seguidamente utilizada por Votruba (2019), sigue siendo hoy en día objeto de debate. Establecer patrones tipológicos mediante los cuales discernir la manufactura, procedencia y cronología de estas anclas parece una tarea ardua y complicada cuando estos elementos se encuentran descontextualizados, en tanto son elementos fungibles utilizados en un espectro muy amplio tanto de la navegación atlántica (Casado Soto, 1991:119–126; Matés Luque 2016:246–249 y 2017, Benito, 1987:37 y 2000:665–684, Patiño 2016, Rodríguez Biempica 1986:253–263), como de la mediterránea (Cañadas et al. 1992–93).

La creación de un “*Corpus Ancorarum*” fue una necesidad puesta de manifiesto por Frost ya en los años 80 (Frost 1986:356), en tanto el registro y documentación de estos elementos náuticos había sido, y sigue siendo hasta la fecha, tan heterogénea que hace imposible la catalogación de estas anclas de forma sistemática e inteligible en un corpus global. En este sentido, Frost presentó unos criterios metrológicos específicos a documentar en el proceso (1986:357–359), a saber: peso, piedra (material) y la forma. En nuestro análisis, los reproducimos de la siguiente manera:

a. **Peso.** En primer lugar, el peso de estos elementos constituye un dato indispensable para discernir si se trata, efectivamente, de anclas, o, por el contrario, pesos de red para pesca (como especificado en Moll 1927:293–332 y Frost, 1986). Esta diferenciación podría hacerse o bien mediante la contrastación de paralelos etnográficos con las costas adyacentes al hallazgo o paralelos arqueológicos contextualizados (como los del puerto de Sozopol catalogados en Dimitrov, 1977b:76 NOTES). La correlación entre el peso de estas anclas y su marco cronológico tampoco está exenta de debate. En este sentido, Frost (1973:405 y 1986:356) señala que las anclas de piedra de más de 100 kg (peso medio que no puede ser alzado por una sola persona) deben ser consideradas anteriores a la introducción del hierro para el mismo uso, puesto que la preferencia de este material en embarcaciones durante largas jornadas es

evidenciada, tanto en la iconografía (Moll 1927:299) como en el registro arqueológico (Votruba 2019:228, Bowen 1957:290, Patiño, 2016). Respecto a esto, Frost también sugiere que en el momento en que se introducen estos materiales, la piedra se convierte en el ancla de oportunidad y las embarcaciones que las transportan más modestas, motivo por el cual el tamaño de estas disminuye (Frost 1973:405). Esta hipótesis fue apoyada por Patiño (2016:162), y recientemente por Votruba (2019:227–229) en un análisis revisionista de las anclas de piedra perforadas y con estructura base en piedra publicadas y anteriores al siglo V a.C, mediante el cual se evidencia una tendencia de las más pesadas (más de 100 kg) a desaparecer del registro arqueológico, mientras que, de forma inversamente proporcional, los datos proporcionados por los pecios datados desde el siglo VI a.C hasta el período romano, sugieren un crecimiento tanto del tamaño de los barcos como de las distancias de navegación (Parker 1992, Wilson, 2009:219–229 en Votruba, 2019: 228–229). En conclusión, mientras que el tamaño de las embarcaciones y la navegación en sí misma se expande, el ancla lítica de más de 100 kg desaparece del registro arqueológico, pero su tecnología, sin embargo, permanece en ejemplares más ligeros. Esta situación, si bien hoy en día resulta aceptada por la comunidad académica, no está exenta de debate, como constata Raban en el caso de la India, donde señala que el peso y tamaño de las anclas líticas medievales halladas no las hace susceptibles de pertenecer a pescadores pobres locales, por el contrario, a *dahows* de gran porte del océano Índico (Raban 2000:265 y 269). Por su parte, Patiño (2016:19–21) también utiliza este dato como uno de los elementos destacables en el registro de un ancla lítica, y propone una clasificación por peso con ratios de 10 kg entre ellos.

- b. **Piedra (material).** Las características petrográficas de la materia prima son, asimismo, un dato de gran interés para establecer una correlación de proveniencia tanto del ancla en sí, como de la embarcación que la transportaba. Sin embargo y en referencia al segundo enunciado, es, en nuestra opinión, un concepto dependiente de demasiadas variables desconocidas. No hay ninguna evidencia arqueológica probada mediante la cual sea posible descartar que una embarcación “no local” pudiese adquirir anclas producidas en su puerto de destino. Por ello, nos limitaremos a considerar el primer enunciado: el análisis petrográfico de la piedra que sustenta la base del ancla. Este tipo de análisis, *a priori* litográficos, se han visto complementados recientemente por los arqueo-métricos, aunque su utilidad real aún se encuentra todavía en discusión (Volkan *et al.* 2002:254–267).
- c. **Forma:** Comprender la forma en un ancla lítica es indispensable para comprender trazas en la fabricación de la misma, sin embargo, es uno de los datos más heterogéneos al no haberse consensuado unos estándares en la documentación, como sí existe en el dibujo arqueológico tanto de estructuras como de cerámica. Este hecho, apuntaba ya Frost (1986:358–359),

hace que las proporciones tridimensionales de un ancla lítica sean uno de los elementos más revisables, especialmente en lo que radica a la sección de los agujeros, comúnmente obviada en detalle⁵ (Patiño 2016, Rodríguez Biempica 1986–86:253–263). Hoy en día, sin embargo, se tiende a una homogeneización que resulta obvia en esfuerzos como el llevado a cabo por la *Nautical Archaeology Society*⁶ y que nosotros reproducimos en el catálogo a continuación⁷. Por otra parte, existe una diferencia significativa a tener en cuenta respecto a la forma: los elementos erosivos del mar (organismos marinos, abrasión por arena, fracturas diversas). Estas circunstancias del proceso post-deposicional condicionan el estado del artefacto una vez documentado (tanto en la forma como en el peso).

Independientemente de estos datos principales del registro, hay otros elementos de estas anclas que siguen puntualizadas como objeto de debate histórico y arqueológico, a saber:

d. Los **agujeros**, tanto en su **forma** como en su **producción**. Por lo que respecta al registro de la forma, Honor Frost (1963) sugería una variabilidad geográfica en base a una dualidad morfológica de los agujeros inferiores (en anclas líticas perforadas de tres agujeros), basada en paralelos conocidos en ese momento: circulares (este mediterráneo) y cuadrados (oeste). Este enunciado, aunque fruto de su tiempo, resulta arbitrario para el catálogo que nos ocupa, puesto que, como apuntaba Raban (2000:269): “la diversidad en la forma y tamaño de los agujeros (cupular, bicónico o cuadrado) dentro del que debe ser considerado como un grupo contemporáneo niega la tentativa de adjudicar estos detalles a varias y diferentes tradiciones culturales, separadas tanto en el tiempo como en la distribución espacial”. En el caso que nos ocupa, si bien el grupo que presentaremos se encuentra en parte deslocalizado y descontextualizado, sí podemos señalar la existencia de diferentes formas de agujeros inferiores que ya augura la complejidad de este tema: circulares, rectangulares y elípticos. En la misma línea, Raban (2000:268) sugería que los agujeros inferiores cuadrados tendrían una mejor funcionalidad para el uso de estacas metálicas, lo cual sostiene la hipótesis de Frost (1963) en tanto a que las estacas de madera de sección cuadrada no serían tan adecuadas al romperse con más facilidad que las de sección redondeada. Este dato, en el caso que nos ocupa resulta inverosímil puesto que ninguno de los ejemplares presenta trazas o restos de concreción de

óxido de hierro. Por lo que se refiere a la **producción** de estos agujeros sobre la laja, Frost en los años ochenta ya puntualizaba la necesidad de un buen registro de los mismos en busca de patrones en su proceso de fabricación y desgaste, llegando incluso a ser posible determinar las herramientas empleadas a través de las trazas (Frost 1986:359). En el marco geográfico de la Península Ibérica, un estudio concreto que toma consideración sobre este tipo de datos fue el llevado a cabo por el arqueólogo José Manuel Matés Luque (2016:246–249), sobre un ancla lítica perforada localizada en la playa de Karraspio y que además presenta particularidades análogas a los elementos de nuestro catálogo.

e. **Marcas**: Las marcas de cantería en las anclas también son un dato importante en el registro de un ancla lítica. Frost señaló en 1973 (1973:402–403), la datación de un conjunto de anclas de Adge (Hérault, Francia) entre los siglos XI y XIII d.C, a través de un análisis comparativo de las marcas que presentaban estas anclas con otros ejemplares reutilizados en la estructura base de la catedral de St. Gilles⁸. Siguiendo este mismo método, Gianfrotta (1977:285–292), utilizó el sistema de contrastación de marcas alfabéticas como método de datación en el caso de los cepos de piedra. Otro estudio, más descriptivo, fue llevado a cabo por Mike Markey sobre un ancla lítica de Dorset (1997:127–132).

En nuestro caso consideramos que todos estos datos metrológicos son imprescindibles, sin embargo, coincidimos con los enunciados de Raban en tanto a la utilidad de los mismos para la datación y procedencia. Si bien Honor Frost llegó a considerar estas anclas un análogo a la cerámica en el futuro para la arqueología marítima (Frost 1973:397–409, seguida por Volkan *et al.* (2002:254–267), Raban (2000:270) sostiene que, debido a la heterogeneidad morfológica que presentan grupos contemporáneos en zonas concretas, es extremadamente complicado proceder a una datación únicamente basándonos en características métricas teniendo en cuenta que la mayoría de conjuntos de anclas se presentan como hallazgos descontextualizados y a veces, incluso, deslocalizados. De la misma manera, Moll (1927:316) daba ya un dato interesante que podemos secundar hoy en día a pesar de que ha transcurrido casi un siglo desde su enunciado: no encontramos evidencia, ni en el registro arqueológico ni en las fuentes textuales, que induzca a pensar que las anclas de hierro son una evolución directa de las de piedra, dado que el diseño y empleo diverge significativamente las unas de las otras. Con lo cual, atribuir el uso de las anclas de piedra arbitrariamente a una cronología antigua, sin un contexto arqueológico preciso o una analogía tipológica directa, parece, cuanto menos, arriesgado.

⁵ Una documentación acurada de los agujeros posibilita identificar las trazas de uso, erosión y confección del ancla en sí misma, por ejemplo (Frost 1985:359).

⁶ BIG ANCHORS PROJECT (op. cit.). www.biganchorproject.com

⁷ La documentación gráfica que se va a presentar en este catálogo consta de: dibujo arqueológico y fotografía. Por lo que respecta al primero, debemos el trabajo “in situ” al difunto Manuel Izaguirre, mientras que la digitalización ha sido llevada a cabo por las arqueólogas marítimas Marta Del Mastro Ochoa y Laura Carmona Márquez.

⁸ Frost señala en su artículo (1973:402) que este estudio fue llevado a cabo por M. Aris, del Museo de Adge.

1.4. Propuesta tipológica del “*Corpus Ancorarum*”

En este estado de la cuestión hemos reflexionado sobre la historiografía de los términos que van a configurar la piedra angular de este catálogo.

Llegados a este punto, hemos convenido a utilizar en nuestro registro la siguiente clasificación que sintetiza los sistemas explicados anteriormente, a fin de sentar una base útil y comprensible que facilite la inclusión de estos datos en la realización de un “*Corpus Ancorum*” global en el futuro.

En este sentido, proponemos el siguiente sistema de clasificación, basado tanto en sus características métricas como en su funcionalidad:

- a. **Anclas de gravedad o piedras de fondeo**, cuando nos referimos a elementos pétreos de forma alargada con acanaladuras.
- b. **Anclas líticas perforadas**, dentro de las cuales diferiremos entre los dos grandes grupos, tecnológica y morfológicamente diferenciados. El primer grupo lo conforman las “anclas de gravedad perforadas” (“*stone weight anchors*”) y en la clasificación de Votruba (2019) equivaldrían a las “*pierced stone anchor*” y se diferencian de las anclas de gravedad en la morfología de la pieza, por lo tanto, en la tecnología empleada en sí misma. Por lo que respecta al segundo grupo, lo configuran las anclas compuestas (“*composite anchors*”), que equivalen, según la clasificación de Votruba a las “*planar Stone-framed staked anchor*”. Dentro de este segundo grupo tendríamos las anclas compuestas de dos y tres agujeros.
- c. **Partes de ancla**, a saber, potalas y picachos. Hemos convenido a clasificar estas en una categoría distinta, puesto que no pueden considerarse anclas en sí mismas, sino una parte de un ancla de madera.

El conjunto que engloba todas estas categorías sin distinción de funcionalidad, morfología o totalidad, lo llamamos: elementos de anclaje.